

Carora cumplió 450 años

# ¡Ah mundo, Carora!

María Andreína Pernaleté\*



JUAN RAMÓN PERNALETE

*El trabajo en un lugar seco, duro y ardiente, contribuye a formar la conciencia y el espíritu de lucha de los hombres de la región, empeñados siempre en sacar frutos a la aridez de una tierra agria y sin jugo.*

Fragmento prólogo del libro  
*Don Cecilio Zubillaga  
y mi guitarra*

Nunca me he ido de Carora, aunque tengo siete años en la capital de Venezuela. Creo que ningún caroreño termina de irse de esa (o esta) tierra tan noble. Ya decía Efraín Subero que el que se va de Carora "... no podrá irse del todo porque se irá quedándose; y tampoco podrá volver del todo porque vendrá trayéndola".

Esta pequeña y hermosa ciudad cumplió 450 años de fundada el 8 de septiembre y junto a esta, un sinfín de tradiciones, de cuentos, de leyendas, de personas.

Empecemos desde el inicio: es incierta su fecha de fundación, pero posiblemente haya ocurrido en el noveno mes del año 1569 por Juan del Thejo,

quien la bautizó con el nombre de Nuestra Señora de la Madre de Dios de Carora; luego, años más tarde, en 1572, fue refundada por Juan de Salamanca, debido a que la ciudad debió ser evacuada por ataques de indígenas Ajaguas, también llamados "valientes guerreros"; Salamanca la llamó: San Juan Bautista de Portillo de Carora.

Hay varias versiones del origen del nombre, pero la que más he escuchado y a la que más me apegó es que Carora significa "karira" o "kurura"; lo que en guajiro significa "cigarra" o "chicharra", un insecto que produce una vibración persistente y tan rápida que genera un canto. Me ilusiona comparar-

la con el deseo inquebrantable de los caroreños.

Metafóricamente, Carora es “casi el corazón del estado Lara”, alguna vez lo leí. Limita por el norte con el estado Falcón y el municipio Urdaneta; por el sur con el municipio Morán y el estado Trujillo; por el este con los municipios Jiménez e Iribarren; y por el oeste con el estado Zulia, tierra que, con mucho respeto, también siento mía y celebra su fundación el mismo día de mi ciudad natal.

Esta tierra está llena de historias. Crecí escuchando fantásticos y mágicos recuerdos de mi abuelo; también, cómo no, la leyenda del *Diablo de Carora* por parte de algunos de mis vecinos, quienes, si bien es cierto que en algunas ocasiones se mantenían escépticos, no faltaba quien corriera al escuchar un ruido extraño a media noche de un día Santo.

Cuenta la leyenda que para el siglo XVIII, los alcaldes Don Adrián Tuñón de Miranda y Don Tiburcio Riera, detuvieron a uno de cuatro hermanos que se dedicaban al contrabando de cocos. Aprovechando la tradicional siesta de los caroreños, los hermanos fueron al rescate, asesinaron a un policía y liberaron al detenido. Refugiarse en el Convento de Santa Lucía no sirvió de nada, pues los alcaldes enfurecidos amenazaron al Prior, quien no tuvo más remedio que entregar a los refugiados.

Los cuatro hermanos fueron llevados a la Plaza Mayor, que en la actualidad la llamamos Plaza Bolívar, y fueron ejecutados. Los caroreños no se explicaban cómo en un día, y sin razón aparente, hubo cinco muertos, maldiciones e irrespeto a una de las casas de Dios... se creó así el rumor de que en Carora “el Diablo andaba suelto”.

No obstante, parafraseo lo que escuché decir a una colega hace muchos años, aun cuando no sabía que sería mi colega algún día: “Dicen que el Diablo anda suelto en Carora, pero yo no estoy muy segura de eso,

ahí hay mucha gente buena...” y así lo creo.

Lejos de ser una leyenda, Carora posee uno de los cascos coloniales más hermosos de Venezuela y es de saber que la mayoría de las casas se conservan muy bien y pertenecen a los descendientes de los primeros propietarios. Sus calles adoquinadas, y la frescura y colores de las casas, armonizan perfectamente con el Sol que, desde muy tempranas horas de la mañana, da la bienvenida a su casa, ese que una vez el poeta Pablo Neruda citó diciendo: “Si el Sol naciera de nuevo... lo haría con el nombre de Carora”.

En este árido territorio se puede apreciar la diversidad de clases, como en cualquier ciudad del país, por eso no crean mucho que cuando se habla de caroreño se habla solamente de ricos; que se los digo yo, que crecí en el Barrio Torrellas. Lo que sí les puedo confirmar es que en efecto somos un poco presumidos, pero es por el amor que le manifestamos a nuestra tierra; además, tengo la certeza de que muchísimos caroreños tratan de hacerlo bien, y llevan la excelencia a otro nivel: Don Cecilio Zubillaga, Salvador Montes de Oca, Rodrigo Riera y Alirio Díaz, son solo algunos que me atrevo a nombrar, pero hay otros más contemporáneos de los que me atreveré a escribir en otra oportunidad.

Alirio Díaz es uno de los personajes que más admiro por su humanidad y humildad; además, es uno de los más memorables para la cultura musical venezolana. Carora se convirtió para él, al igual que para muchos, en el significado de patria; fue su hogar y su lucha. La había conocido a los doce años, cuando por órdenes de su papá Pompilio, viajó 60 kilómetros desde La Candelaria, lugar donde nació, para llevar un encargo de la pulpería que este tenía. Por primera vez vio una “ciudad de calles rectas y limpias, un río con su puente y una hermosa plaza urbana”

(la Plaza Bolívar). La llamó: “La Carora de mis sueños”.

En esa ciudad conoció a Don Cecilio Zubillaga Perera (Don Chío). Desde que sabía leer, había estudiado sus artículos de prensa; reconoció por medio de su escritura, a un hombre ilustre, educado y culto.

Un día se atrevió a tocar la puerta del cuarto de Don Chío, habitación que servía de biblioteca y aula a todo aquel que se acercaba. Allí encontró y reconoció a su mentor, al guía y amigo que lo impulsó a su aventura y a su desafío. Don Chío no se equivocó al ofrecerle la música como vocación y no la historia, la filosofía, o el periodismo, que era lo que realmente quería Díaz. Se convirtió así, luego de mucho trabajo y estudios dentro y fuera de Venezuela, en el mejor guitarrista del mundo.

Yo también crecí rodeada de música, de pintores, de artistas y de poesía; en la Casa Chío pasé un par de los mejores años de mi niñez, descubriéndome en letras, en metáforas y en libros; allí conocí al poeta Jesús Enrique León y a su esposa, la artista plástica, Úrsula Rey, de quienes guardo muy lindos recuerdos. Ellos continúan cultivando a Carora y en Carora.

Si pasan pronto por mi tierra, háganse un favor y prueben la Tostada Caroreña, el Lomo Prensado, las Catalinas, el Dulce de Paleta, el Queso de Cabra, el Mondongo e' Chivo, o el Granizado de Mamón; no hay mejores manos que las caroreñas que puedan preparar estos platos...

En estos 450 años han pasado muchísimas cosas, pero hay muchísimas más que están por venir; entonces, lo único que te deseo es que aprendamos a valorarte mucho más y a no poner en las manos de cualquier gobernante indolente tu destino... ¡Ah mundo, mi Carora!

\*Periodista. Miembro del Consejo de Redacción de S/C.